



PHANISHWAR

Autor: Jesús Roldán Fariñas

 amazing
books® | Novela

PHANISHWAR

Jesús Roldán Fariñas

Es propiedad de: © 2020 Amazing Books S.L. www.amazingbooks.es

Director editorial: Javier Ábrego Bonafonte

Razón social: C/ Rosa Chacel N.º 8 escalera 1ª Oficina 4º C. 50018 Zaragoza – España

Primera edición: Diciembre 2020

ISBN: 978-84-17403-79-9

Cómo citar este libro: Roldán Fariñas J. PHANISHWAR 1ª edición 2020. Editorial Amazing Books. ISBN: 978-84-17403-79-9

Reservados todos los derechos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com); solicite autorización en el teléfono +34 976 077 006, +34 917 021 970 o escribiendo al e-mail: info@amazingbooks.es

Amazing Books S.L. queda exonerada de toda responsabilidad ante cualquier reclamación de terceros que pueda suscitarse en cuanto a la autoría y originalidad de dicho material, así como de las opiniones y contenidos, que son intrínsecamente atribuibles al autor. Las imágenes de portada pertenecen a la licencia adquirida con 123RF.

Introducción

Madrid, 21 de mayo, 13:38 horas.

—A todas las unidades, acudan a la calle Príncipe de Anglona...

—¡Es increíble, joder! ¡Puto lunes de mierda! Maldita sea, demasiado tranquilos estábamos —comentaba Guerrero a su llegada al lugar de los hechos mientras una columna de humo se cernía sobre sus cabezas y un improvisado concierto de sirenas desafinaban al unísono a su alrededor.

El inspector Horcajuelo se apeó del asiento del conductor del Citroën C4, vehículo camuflado de la Policía Nacional, y alzó la vista por encima de sus gafas de sol como era habitual. Los dos agentes apenas recién llegados estudiaban al fin *in situ* el catastrófico estado que presentaba el edificio tras la explosión.

—Este lugar podría ser declarado zona de guerra —pensó en voz alta el inspector, mientras ordenaba paciente a dos dedos los pelos de su poblado bigote, en un evidente gesto de resignación—. Tráigame algo, Guerrero.

—¿Un capuchino? —bromeó su compañero.

—¡Espabile...!, ya sabe a lo que me refiero...

Horcajuelo, experto policía, paseó por las inmediaciones del lugar durante unos segundos, tomando conciencia de la gravedad de lo sucedido. Los escombros a su paso se acumulaban humeantes, adornando aceras y calles colindantes con el siniestro emplazamiento.

El inspector sacó la chapa, anunciando su llegada, y pasó el control que limitaba el acceso a civiles y periodistas, que como aves rapaces se agolpaban confinados a unos metros a la espera de noticias del inesperado estallido matutino.

Una vez dentro, Horcajuelo, de origen vasco, no dudó en colarse por debajo de la cinta de seguridad que acotaba la zona. Ya adentrado en la improvisada área de emergencia, se dirigió a uno de los agentes de

la Policía Nacional que parecía estar hasta entonces al mando de la situación.

—¡Ramírez! —gritó como quien llama a un perro que se aleja demasiado de su dueño—. Venga aquí. ¿Sabemos la causa de este zambombazo? ¿Muertos? ¿Heridos? Espabílese y póngame al día.

—No. Por ahora nada señor. Yo llegué el primero con el oficial Báez, ambos nos hemos entrevistado con varios testigos. Lo único reseñable es el testimonio de una señora mayor que entraba a la iglesia que ve al fondo de la calle. Según nos comenta la anciana, al entrar esta mañana como cada día a limpiar la parroquia, sobre las 10, percibió desde una de las ventanas un fuerte olor a gas, la señora sigue aún por aquí, creo que de hecho está justo junto al portón principal de la iglesia —señaló el agente resignado.

—¿Qué me dice de los heridos? ¿Algo reseñable?

—Heridos..., tenemos contabilizados unos 17 leves y 2 muy graves, pero según los médicos del SAMUR, sobrevivirán. Una de las víctimas trabaja en el edificio, es la secretaria del centro, sus heridas requerían de cirugía y está siendo trasladada de urgencia al Gregorio Marañón. Al rescatarla, fue ella misma la que nos puso en alerta, ya que pudo confirmarnos que, en el interior del edificio, podrían encontrarse unas doce personas. En fin, inspector, al menos eso nos aseguró.

—¿No cree que haya más supervivientes?

—Yo diría que no es para hacerse ilusiones, ya ve cómo ha quedado el edificio.

Horcajuelo se mostró tajante.

—Deje las hipótesis para la prensa, quiero un informe en mi mesa para cuando acabe el turno... ¿Entendido?

—Ok, a sus órdenes, señor —confirmó el agente.

Mientras tanto, los bomberos comenzaban a revisar desde cerca las condiciones en las que se encontraba la estructura del edificio, preparándose para examinar desde dentro su estabilidad. La tercera planta parecía haber sido víctima de un misil, puesto que no quedaba casi ni rastro del tejado.

Algunos vecinos asistían al caos absortos, inmortalizando el edificio con las cámaras de sus teléfonos móviles.

En la segunda planta solo quedaba la parte lateral izquierda. Uno de los balcones que soportó a duras apenas la embestida de la explosión sobre la infraestructura todavía tenía algunas llamas. Aquel barrio se había convertido en una chimenea, mientras hierros de forja se tambaleaban aún poniendo en peligro las vidas de los agentes y los bomberos que allí se encontraban.

El panorama era aterrador, la gente se amontonaba y los medios de comunicación incomodaban cada vez más a los agentes presionándolos en su afán de hacerse con alguna imagen o declaración en exclusiva de la noticia.

—Está bien, vamos a dejar actuar a los bomberos y después sacaremos conclusiones —dijo frío Horcajuelo, observando las maniobras de los profesionales. Mientras tanto, pudo divisar a lo lejos la llegada de Guerrero, que con su andar chulesco llegó con la intención de dirigirse a su superior, pero este antes de que pudiera acercarse a él, con gesto serio, lo paro en seco.

—¿Qué tienes? Si no tienes nada, vete y tráeme algo.

—Inspector, tengo algo mejor que un capuchino, necesitaremos una orden o confiar en la buena fe de la empresa de seguridad del palacete aquel.

—Has hablado con ellos...

—Por supuesto.

—¿Y?

—No hay problema, nos dejarán ver las grabaciones de sus cámaras de seguridad.

—¿A qué coño esperas? Vamos, a trabajar —Guerrero asintió serio.

—Inspector, ¿pero..., y la orden?

—Me la paso por los cojones. Déjese de memeces, con la que tenemos encima, me sudan los cojones los trámites burocráticos, aparque de una vez sus historias de academia y apriete el culo, hostias.

Guerrero aceptó la orden y aceleró su paso al recibir un empujón de su superior, el joven *madero* sabía cómo se las gastaba el vasco y no le daba la mayor importancia a sus gestos, a los que normalmente les quitaba hierro con sentido del humor.

—Ok..., deje de empujarme, sé andar —dijo el joven policía de nuevo marchando camino al palacete.

—Tire de una vez y no se engolosine con la periodista... del Canal 7.

Tras el apunte, el inspector sacó del bolsillo de su chaqueta una pequeña libreta, y como si de un general se tratase, arremolinó a todos los hombres alrededor de su figura. El respeto hacia Horcajuelo se reflejaba en esa imagen, aquella instantánea junto a sus compañeros dejaba una estampa policial deliciosa; en círculo, 30 policías lo observaban concentrados, abandonando uno a uno el improvisado coro para cumplir sin rechistar con las órdenes y premisas que salían por la boca del inspector.

A Horcajuelo le gustaba mostrar en todo momento, aunque no fuese así, que tenía la situación bajo control, así que tras imponer sus necesidades a los agentes con una ridícula simpleza, fue en busca de Guerrero una vez más.

Algunos de sus compañeros lo llamaban cariñosamente *Clemente*, no por su clemencia precisamente, sino por sus dotes de mando y su carácter arisco. Él se reconocía asimismo como un policía de la vieja escuela. Una hoja de servicio inmaculada que, sin embargo, tenía desgastada la placa, según se comentaba en las altas esferas policiales.

Un fatal recuerdo le perseguía, el mismo que lo alejó para siempre de su ciudad natal, Bilbao. A consecuencia de un ataque terrorista, perdió a su compañero y amigo Arkai. Un comando de ETA se vio sorprendido aquella fatal noche en una emboscada tendida por dotaciones de la Policía Nacional, que procedía a instalar un control en una de las carreteras de acceso al centro de la ciudad vizcaína. Horcajuelo fue herido y dado por muerto por los integrantes del comando. Tras los hechos, su mujer lo presionó para abandonar el País Vasco, algo que para él era impensable. La huida de los asesinos de su compañero se vio tremendamente favorecida por la intensa niebla que reinaba en Bilbao la noche de autos. Pero, por suerte, el ahora inspector pudo salir

del coma, y fue quien pudo identificar a varios de los miembros del comando.

Por aquel entonces, Gorka Horcajuelo pertenecía a la Compañía de la Reserva General de la Policía Nacional. Semanas más tarde, en un piso franco en Durango, agentes de la Guardia Civil encontraron fotos e información privada de las rutinas del vasco y su familia.

No fue fácil, pero tras las presiones familiares tuvo que dar su brazo a torcer y emprender su huida. En cuestión de horas, se fraguó su rápido traslado a Madrid.

A día de hoy era el inspector jefe más veterano de su comisaría, las distinciones y medallas las guardaba en una caja de cartón en su taquilla, muestra de su carácter seco y agrio.

Eran ya las 14:30 de la tarde, y tras varias horas de incertidumbre, los bomberos habían conseguido extinguir el fuego. Guerrero se dirigió por radio al inspector Horcajuelo, que acumulaba restos de ceniza en su cabeza.

—Gorka, tienes que venir aquí, estoy con los chicos de seguridad del palacio.

—Echo de menos un inspector en esa frase...

—Inspector...

—Está bien, no se arrugue, voy para allá Guerrero, deme un minuto.

Tras sortear los escombros como pudo, el policía hizo entrada en el palacio Príncipe de Anglona que se situaba justo enfrente del complejo médico, a tan solo unos treinta metros. En su tejado se amontonaban escombros y algunos restos de la explosión.

El inspector cruzó el jardín de la entrada, atravesando un pasillo custodiado por un arco abovedado cubierto de plantas, y tras él observó que los restos de la explosión no dañaron la maravillosa estructura, aunque la onda expansiva del estallido reventó varios ventanales del edificio.

Así pues ya situado en la puerta mostró su identificación por enésima vez aquel día. Y un desgarrado guardia de seguridad del palacio le pidió con gesto gentil que lo acompañará.

—Pase —le dijo indicándole el camino. El inspector asintió y quedó prendado por el esplendoroso estado del interior del palacio, ya que contrastaba con el aspecto mustio del exterior, que lucía bastante más sucio y descuidado.

Horcajuelo se mostraba interesado por todo lo que le rodeaba: cuadros, mesas, jarrones o candelabros de época lucían impecables. Junto al guardia, en un paseo de reconocimiento, recorrieron las entrañas del lugar hasta hallarse en la sala de seguridad. Esta era un pequeño habitáculo de cuatro paredes blancas, que más bien parecía un trastero; la ausencia de ventanas hacía del lugar un sitio angosto, la liviana luz de un flexor alumbraba tímidamente los tres rostros de los sujetos allí presentes.

—Sorpréndame para variar, Guerrero. ¿Qué tenemos?

—Pues mire, señor, este es Martín, encargado de seguridad. Proceda Martín—. El hombre asintió tras estrechar su mano a Horcajuelo en señal de respeto y dijo.

—Vamos allá.

El vasco guiñó su ojo izquierdo y su mirada se centró en la pantalla principal.

Guerrero tomó la palabra de nuevo.

—Muéstrole el tramo de entrada de los vehículos —juntos, los tres hombres repasaron las horas previas a la trágica explosión. En las grabaciones pudieron comprobar la llegada al parking del Laboratorio de Naturemed de tres vehículos: el primero, un Peugeot 307, con llegada a las 9:22 con 4 ocupantes; el siguiente, un Toyota Corolla negro con 3 ocupantes, llegado a las 9:39; por último, un BMW serie 1, cargado con 2 ocupantes con entrada a las 10:02. Guerrero entonces se refirió a este último.

—Al parecer, el BMW es el vehículo de la esposa del Dr. Mancera, en el que irían ella y su hija pequeña.

—¿Cómo lo sabe? —dijo Horcajuelo.

El encargado de seguridad tomó la palabra mientras el inspector atendía atento.

—El doctor y su señora almuerzan a menudo en el restaurante que hay situado aquí en el palacio, son clientes habituales, por eso sé que ese coche es el de su esposa.

Horcajuelo parecía satisfecho.

—Buen trabajo, amigo Martín.

Aclarado el hallazgo, el inspector se dirigió a su compañero.

—¿Sabemos algo del doctor? ¿Es probable que sea uno de los fallecidos? —preguntó.

—No, aún nada —respondió Guerrero.

—Martín, ponga usted el momento de la explosión.

El guardia manipuló el programa, encontrando el instante exacto.

—Vamos a ver..., ahí lo tiene.

La imagen era impactante. En ese momento, el monitor proyectaba cómo el edificio volaba en mil pedazos. Horcajuelo, concentrado, ojeó varias veces el estallido como queriendo llegar a alguna conclusión.

—Llama a Quintana de los Tédax, necesito que revise esa imagen. Nos la llevamos.

—No hay problema... —dijo Martín—, lo que necesiten —precisó.

Los informativos españoles dieron cobertura durante todo el día, copando sus entradas con las impactantes imágenes de lo que a todo ojo de experto parecía una explosión de gas propano, en el madrileño barrio de La Latina. Finalmente, y tras muchas especulaciones, se aclaraban los rumores en torno a los fallecidos. La explosión acababa con la vida de 12 personas y 19 heridos, la torre mudéjar del siglo XIV de la iglesia de San Pedro el Viejo seguía allí intacta, como testigo de lo sucedido. Aún no era posible revelar el nombre de los fallecidos debido al estado de calcinación en el que se encontraron los cuerpos, según informaron varios medios.

La temperatura alcanzada por el fuego, unida a la cantidad gases y materiales altamente inflamables que se encontraban en el laboratorio, hacían de esta tarea casi un imposible.

Pasaron unas horas desde la llegada de Horcajuelo y el equipo forense de la Policía hacía entrada en el laboratorio, mientras el jefe del cuerpo

de bomberos informaba al inspector de cuál era la situación del inmueble.

—La tercera planta está siniestra. Hemos intentado acceder, pero no nos da ninguna estabilidad, no puedo meter a ninguno de mis hombres ahí arriba, el poco suelo que queda se puede venir abajo solo con soplar desde encima de una de esas plataformas, sería un suicidio. Por otra parte, la segunda está casi sepultada tras el desplome. Hemos intentado mover escombros y acceder a los bajos, pero es imposible.

Horcajuelo contemplaba el edificio con la mirada perdida. —¿Sabemos causa y origen?

—Al parecer todo se originó en la tercera planta; por mi experiencia diría que puede ser un escape de gas propano, pero como le conozco prefiero dejar que sus hombres se encarguen del tema. Respecto a los cuerpos, es un matadero, van a tener que encajar las piezas de un gran puzzle.

—La experiencia es la madre de todos los errores amigo, procederemos a las autopsias en cuanto podamos. Estaremos en contacto, gracias.

Capítulo I

Tres días antes, 18 de mayo de 2011.

La madrugada avanzaba hacia la aurora y Rubén Esnáider daba pasos en falso, midiendo las calles en un indeciso zigzag hacia su ruta, el eco de sus pasos chasqueaba por las baldeadas calles de su ciudad natal. Su caminar tambaleante se medía en una lucha sin tregua contra el mentiroso aire fresco que acuna las noches de mayo al sur de la península ibérica. A tan solo unos pocos metros de distancia, entre las sombras, un fulano lo vigilaba descarado mientras su largo y recio cuerpo apenas se sostenía en pie.

Sin duda, el alcohol se había convertido en su aliado, atrás quedaban sus historias y recuerdos de un tiempo mejor no tan lejano. Para él era un día más marcado a oscuras en el calendario como tantos otros, su maltrecho presente lo lanzaba día tras día a resignarse bebiendo y jugando al póker en antros de dudosa reputación.

Pese a la borrachera, el periodista llegó al fin al portal de su ático de la plaza de la Constitución, situado en el centro de la capital malagueña; en aquel instante, las campanas de la Manquita, como de costumbre, anunciaban el comienzo de un nuevo día para el resto de mortales, cuando las luces melocotón de las farolas daban por finiquitada su jornada de trabajo.

A Rubén ese hecho le importaba poco, ya que ebrio pero digno, creía guardar silencio en sus estériles intentos por acceder a su edificio, tras emplear un minuto en abrir el portón de madera de encina algo envejecido que daba acceso a su refugio. La sombra que seguía de cerca su llegada se afanó hacia él y en cuanto tuvo ocasión se situó con sigilo a centímetros de su ruda espalda. El sujeto empuñaba un objeto en su mano derecha. Desde una bocacalle, los ojos bien abiertos de un empleado de la limpieza observaban la escena dudoso de prestar o no

su auxilio ante el bochornoso jaleo que el ilustre y conocido periodista estaba provocando.

Rubén ante la puerta sumó un par de intentos más en acceder al edificio y en uno de esos amagos dedujo que, tras él, la fortuna le acechaba de negras maneras.

—Amigo..., ¿qué hace ahí? Vamos ayúdeme... —acertó a decir sin apenas apartar su vista del pomo de acero de la puerta.

—Dese la vuelta, mi código ético me impide asesinar a alguien por la espalda... —deslizó el sujeto sin titubeos.

—¿Quién mierda es usted?

Ante la pregunta, el misterioso acechador agarró a Rubén de la cabellera antes de que este pudiera ni tan siquiera girarse a ver su rostro, y entonces le propinó varios empujones. Rubén notó cómo su cabeza anestesiada por el alcohol impactó contra el travesaño de la puerta.

—Soy su ansiado final, Esnáider —le susurró al oído el desconocido, que con afán continuó golpeándolo varias veces más contra la entrada.

—Apesta a *kvas*, así que como mucho serás un sicario ruso de poca monta.

Un grito en mitad de la escena hizo que el sujeto se alertara.

—¡Ehhh!, Rafael, ven aquí —dijo el empleado de la limpieza a un compañero que se acercó hasta él para comprobar qué estaba ocurriendo tras ser testigo de la macabra situación.

Persuadido ante la presencia de ambos, el individuo se esfumó de golpe por uno de los callejones próximos a la plaza, desapareciendo rápidamente de sus vistas.

El inesperado auxilio hizo que Rubén lograra al fin acceder al edificio con la ayuda de los operarios que lo reconocieron enseguida.

Pero ahí no acabaron sus problemas; al cruzar por el umbral, su embriaguez lo invitó con disimulo a besar el suelo. Él, sin reparos, aceptó de buena gana aquel gateo, y ya en el piso comenzó a arrastrarse como pudo iniciando la escalada sobre las empinadas escaleras hacia sus dominios. Una vez coronó en su estancia, ya en el interior del domicilio, pudo incorporarse a duras penas; entonces poco a

poco apoyándose en las paredes alcanzó su cama, cayendo desplomado en ella.

Tras el incidente y la borrachera, no había tiempo para reflexiones ni reproches sobre lo ocurrido. Una luz tenue soportaba el desorden del interior del domicilio, en que al menos se dejaban entrever las huellas de un pasado ya remoto.

En las engalanadas paredes de su hogar, lucían lo que él llamaba fantasmas del pasado. Estos se hacían eco de lo que sin duda fue un tiempo brillante durante su carrera periodística.

En una veintena de cuadros enmarcados se vislumbraban recortes y portadas de la revista *Ad Hoc*, firmados a pie de página por él mismo, papeles pajizos y limpios que contrastaban con el tétrico estado de uno de los cuadros que se sostenía frente a su cama. Dicho recorte estaba apartado y reinaba en la lisa pared excluido en soledad, presentando un siniestro aspecto. A la postre, aquel ejemplar era una masacre en apariencia, ya que Rubén había convertido el artículo periodístico en una diana que portaba media docena de dardos incrustados.

En un pequeño resquicio de la información se podía discernir la fecha concreta de la publicación, datada el cinco de enero de dos mil diez.

Rubén y el mundo sabían que en efecto esa noticia, sin atisbo de duda, fue la crónica que lo condenó al ostracismo profesional y la que hizo que muchos de sus enemigos durmieran ahora tranquilos, sabiendo a buena cuenta que aquel sabueso implacable, al que en su día llegaron a apodarar como «el Lobo», tal vez jamás volvería a aullar en las portadas de ninguna gran publicación nacional, ya que Rubén ahora apenas sobrevivía agazapado en su cueva, quizás al menos por un tiempo.

La revista *Ad Hoc* se dedicaba a la investigación en una temática muy amplia y extensa; ciencia, salud, tecnología, investigación, además de un largo etcétera.

Días posteriores a esa fecha, la publicación semanal que tenía establecida su sede en Madrid, en concreto en la Gran Vía, a tan solo unos metros del teatro Compac, saltó a la palestra viéndose envuelta en un proceso judicial corto pero intenso. La primera de las denuncias del sonado escándalo partía por parte de la multinacional americana

Rush&Daranbont;; la segunda, y no menos importante, procedía del que por aquel entonces fuera alcalde de Valencia, esta última por injurias y calumnias.

La portada del semanario y su desarrollo en páginas interiores desplegaba las bases de una trama en las que el edil valenciano se veía comprometido y salpicado en un caso de corrupción.

Junto a este, el gigante americano Rush&Daranbont, una empresa dedicada al sector medioambiental, que con los años había gestado un cuantioso capital y una dudosa popularidad.

Los abogados de la empresa yanqui ante la noticia alegaron desde el primer momento falsedad documental ante el informe presentado por la publicación, reclamándoles 300.000 mil euros por daños y perjuicios a modo de indemnización, sumados también al despido y retractación del periodista que firmaba el artículo, Rubén Esnáider.

El comunicador puso en el ojo del huracán al alcalde valenciano y a la empresa estadounidense en una trama sin precedentes en la que ambos se habían enriquecido de manera ilícita. El artículo creó una gran controversia en la sociedad española, copando durante varias semanas las portadas de los periódicos y telediarios nacionales.

Al finalizar el proceso, la sentencia dictada por el Juzgado de Instrucción número 6 de Madrid condenó a la revista a indemnizar con 220.000 euros a la empresa.

Por lo que, también de forma indirecta, no salió indemne el periodista, que por intromisión en el derecho al honor fue condenado a pagar la cantidad de 60.000 euros al señor Federico Caballero, que días antes de la sentencia fue nombrado ministro por el actual Gobierno.

Luis del Pino, director de la revista, tras la citada sentencia no tuvo más remedio que hacer efectivo el despido de Rubén, unido además estaba a la retractación del mismo. De esta manera, se cerraban así ocho años de lo que fue hasta entonces la etapa más fructífera del investigador en el prestigioso medio de comunicación nacional.

Rubén siempre fue un activo importante en la revista. El Lobo era conocido en el gremio por sus métodos algo disparatados, pero siempre efectivos, capaz de captar como nadie la atención del respetable.

Hay quien decía que desde que sus publicaciones lo catapultaran a programas de radio y televisión, sus actuaciones no podían quedar exentas de polémica. Rubén era un hombre capaz de hacer lo que fuese necesario. El niño que quiso ser reportero de guerra, fue y era aún un personaje bien conocido en el Madrid profundo, capaz de codearse tanto con rateros como con empresarios, respetado en cloacas y antros de mala muerte, lidiando magistralmente con los dos extremos de la sociedad como nadie.

No era raro ver cómo cenaba con políticos y empresarios de alta alcurnia, ni pocas las ocasiones en las que frecuentaba junto a unos y otros calabozos y fiestas de alto postín.

A veces, sus excentricidades le jugaban malas pasadas, ya que su desmedida valentía lo empujaba a hacer cualquier cosa con tal de imprimir verdad en cada gota de tinta vertida sobre el papel de sus reportajes.

Lo cierto es que, tras aquel batacazo, Rubén decidió abandonar Madrid, y aunque no le gustara reconocerlo, sabía que más bien fue empujado a ello. Cuando casi se cumplían once años de su llegada, tuvo que dejar la ciudad en la que se instaló recién acabada la universidad. En ella, superó la frustrante pérdida de sus padres, que fatídicamente fallecieron años antes en un trágico accidente de tráfico, cuando él solo tenía 16 años.

En su juventud sin ataduras, no dudó en lanzarse a la capital y empezar de cero. Pronto comenzó a hacer estragos en la opinión pública, su metodología y su amor declarado por las investigaciones y crímenes sin resolver lo situaban a cada poco que quisiera en el epicentro de algún terremoto mediático; sin embargo, esa época había quedado en el pasado.

Capítulo II

Era ya la una del mediodía. Rubén puso el pie derecho en el suelo de su dormitorio y sin querer pisó su cartera.

—¡Aquí estás! —se dijo a sí mismo entre bostezos evidenciando su tajante falta de sueño. Con excesiva angustia, agarró el tarjetero y lo abrió buscando con cierto punto de desesperación y nerviosismo algo en su interior. Tras unos segundos de incertidumbre, al fin pudo divisar lo que buscaba.

—Otro día que no me abandonas —dijo admirando el platino de su tarjeta de crédito.

Sus poros destilaban resaca y su pelo castaño parecía brillar un poco menos. Rubén era un hombre alto, sus ciento noventa centímetros le jugaban de nuevo, como cada mañana, una mala pasada, golpeándose contra una repisa de pared que portaba varios libros apilados.

Dolorido tras el golpe, recordó la escena de la madrugada, un rápido *flash* atravesó su mente y el desasosiego abordó su pensamiento, ya que no paró de darle vueltas a aquel suceso. En pie contemplándose a sí mismo frente al espejo de su dormitorio rememoraba el altercado. Tal fue así que en medio de aquel insufrible resacón, comenzó a estudiarse una rojiza herida que se dibujaba en el lado derecho de su frente marcada sobre un pequeño relieve.

Contrariado, se pellizcó el cuello e hizo un gesto con el mentón, tras aceptar el rasguño, convenciéndose del buen aspecto que regentaba la marca:

—No estás nada mal, podría ser peor —pensó.

Un sol primaveral se colaba en su dormitorio, mientras el ventilador de techo zumbaba a toda velocidad. Rubén encendió una vieja radio destartalada que sonaba encima de un mueble antiguo. Apenas tras

investigarse, sacó una botella de agua del frigorífico y la empuñó bebiendo hasta aliviar el terco sabor negro de su blanquecina lengua.

Eso le hizo reflexionar de nuevo sobre su accidentado encuentro, sentado frente a su vieja máquina de escribir, una Olivetti Lettera 32 de color verde. El frescor en su garganta le hizo recordar el aliento de su asaltante.

—¿Kvas? No puede ser..., puto Klovnin —dijo preocupado.

—No quiero que me mate un puto tipo al que le apesta el aliento a esa bebida de mierda.

Entre lagunas de la noche y recuerdos sombríos, Rubén comenzaba a recuperar la sensatez.

A su izquierda, sobre el escritorio se amontonaban una gran cantidad de textos, y sin venir a cuento agarró algunos de estos y los tiró a la basura; folios y más folios amarillentos llenos de letras se acumulaban dentro de la papelería.

Al cabo de unos segundos, la radio emitía alguna que otra leve interferencia, de ella salía una eufórica voz de locutor mañanero que anunciaba en la frecuencia modulada la canción a la que dejaría paso: sonaba por los altavoces los Dire Straits, Sultans of Swing.

Rubén tarareaba a Mark Knopfler, que se convirtió en el improvisado grupo encargado de poner banda sonora al mediodía.

Debido a aquella melodía, el ritmo se adueñó de su cuerpo, aunque su cabeza todavía estaba un poco fuera de juego, así que decidió, por su bien y el de los vecinos, a bajar el volumen de la radio. De pronto, el teléfono móvil empezó a sonar, agitándose sin cesar en la mesita de noche. Alertado, se acercó a él y observó en la pantalla el prefijo 912. Por lo que quedó algo sorprendido...

—De Madrid, no puede ser nada bueno —comentó para sí mismo.

Sin embargo, en ese mismo instante sonó el timbre y tras la puerta se filtró un comprometedor grito.

—¡Abre, hijo de la gran puta!

—Buenos días. ¿Quién es? —contestó, acercándose temeroso hasta alcanzar la mirilla de su puerta. Al mirar por ella, encontró a un chico joven de piel morena que vestía con una camiseta de tirantes negra y

pantalón de chándal de mismo color, dibujando en su silueta un cuerpo de culturista que se evidenciaba debido al volumen desorbitado que presentaban sus bíceps. Rubén había visto antes a ese joven, así que sabía muy bien de quién se trataba.

—Paga lo que debes, sucio cabrón —dijo enojado el chico.

—Toro... ¿Qué cojones estás diciendo? —Preguntó calmado Rubén al fornido y desquiciado chaval que daba golpes y patadas a la puerta.

—Cállate de una puta vez y paga —gritó aquel animal a la vez que comenzó a rayar la puerta con una navaja.

—Vamos a ver... —resopló—, está bien, pagaré. ¿Cuánto os debo?

—Estás de broma...

—No. Puedes confiar en mí, ¿me oyes?

—¡Hey!... ¡Vecinos, aquí vive un moroso! Jugador de cartas —clamó—. Paga de una vez lo que debes.

—Voy a abrir y hablaremos. ¿Ok? Te pagaré.

—¡Eso, abre! Pagues o no, te voy a partir la cara, ludópata.

Rubén abrió la puerta, mientras Toro ya había cogido carrerilla al oír el ruido del cerrojo liberarse, así que, haciendo honor a su apodo, entró como un astado al ruedo. Rubén se apartó y dejó un pie en alto, zancadilleando al chico que hoció contra el suelo partiéndose la nariz.

—Toro, amigo mío. Pero ¿qué haces?

Desde el suelo, el chico doliéndose apenas pudo articular palabra.

—*Hasssssido tú...*

—No me jodas —le reprochó Rubén mientras mantenía su pie derecho posado encima de la cabeza del chico, apuntándole a la cabeza con una pistola—. Óyeme bien, Torito, dile a Polo Klovnin que si viene a joderme a mi casa otra vez o vuelve a atreverse a enviarme mensajes amenazantes, toda Málaga se va a enterar de cómo entran sus fardos de cocaína por el puerto. ¿Lo captas?

—*Está mien, Rumen, suétame.*

—Venga, levántate y sal de aquí.

Toro se levantó dolorido y abandonó la casa cabizbajo sangrando a chorros por la nariz.

—Tranquilo, Toro, llamaré a Polo y le diré que me has acojonado —dijo Rubén aún pistola en mano, con semblante serio apoyado en su puerta, observando cómo la bestia atravesaba la salida hasta el pasillo de la entreplanta.

—Te lo agradezco, Rubén. Pero no es necesario, la próxima vez vendrá a saludarte el ruso, y Oleg trabaja con balas, no vendrá con los puños por delante, como yo.

—Gracias por la advertencia, ayer tuve una alegre charla con él, no te preocupes por mí. Tú cuídate la nariz Torito y no te metas en líos.

—Solo hago mi trabajo, Rubén —dijo el chico cerciorándose de cómo aún le sangraba la nariz.

—¿Cuánto te paga esa rata?

—Usted debe 5000 €..., así que unos 250 pavos serían para mí.

—Espera, no te vayas —Toro extrañado, esperó en la puerta del ascensor y entonces Rubén al cabo de unos segundos apareció con el dinero—. Ahí tienes tus 250 y una gasa con alcohol...

—Es usted un jodido loco...

—Solo soy un mierda. Tú disfruta Torito, disfruta, ya torearé al ruso cuando llegue la hora.

—Es usted buena gente. Suerte, Rubén, la necesitará.

—Gracias Torito.

Toro se marchó y el teléfono de Rubén volvió a sonar de nuevo, era el mismo número que apareció minutos antes en la pantalla.

La adrenalina seguía actuando y sin pensarlo Rubén posó su mano en la ruleta de la radio, bajó el sonido y deslizó al fin su dedo corazón por la pantalla táctil del aparato, aceptando la llamada y dejando paso a una voz ronca y cansada que dijo.

—Rubén, ¿estás ahí? ¿Qué tal? ¿Sabes quién soy?

Aquella voz le resultó muy familiar, aunque envejecida.

—Sí. Bueno, no. Es decir, dígame.

—Soy el Doc, amigo... ¡Al fin te encuentro! —exclamó.

—Carlos. ¿Doctor Mancera? —dijo incrédulo Rubén mientras se le iluminaba el semblante, agradecido por el mero hecho de reconocer su

voz.

—Exacto, soy yo. ¿Cómo estás viejo amigo? —preguntó y prosiguió sin darle tiempo siquiera a responder—. Espero que bien, me alegra oír tu voz, hace mucho tiempo que no hablamos, puede que fuera en Madrid, en aquel evento. ¿Recuerdas? —apuntó.

—Sí...

—¿Rubén?

—Sí, tienes razón —dijo pensativo y continuó—. Hace un año y algo, estás en lo cierto... ¿Ha pasado algo? ¿Todo bien?

—No te preocupes, nada importante, todo bien, amigo. Cómo ha pasado el tiempo, la verdad es que desde aquello..., todo transcurrió, muy rápido, ¿no crees?

—Pues sí, pero ya sabes cómo es la vida, un día tu problema son las matemáticas de quinto curso y al siguiente ya estás metido en el puto barro; juicios, el puto final de mes, lo normal —vaciló Rubén con aire melancólico.

—Tienes toda la razón —musitó Carlos.

El doctor Mancera fue asesor y colaborador de la revista *Ad Hoc* en campos como ciencia, salud o medicina. Un área de la que Rubén fue redactor jefe durante algunos años en los que trabajó para el semanario. A causa de su colaboración, con el tiempo, entre ambos se forjó una gran amistad. Eran personas curiosas y afines que compartían inquietudes, además de numerosas aficiones, alguna de ellas relacionadas con la historia y el mundo antiguo; otras, sin embargo, eran de dudosa reputación y menos dignas: mujeres, fiestas, alcohol y la noche.

Carlos planteó entonces a Rubén el porqué de su llamada.

—Iré al grano. Te necesito —dijo mientras acariciaba su barba cana, y entonces con voz segura le expuso sin pudor su necesidad—. ¿Qué te parecería venir conmigo de viaje?

—De viaje... ¿A dónde? ¿Qué dices?

—A la India.

—No me jodas, Carlos, no estoy para tonterías —dijo Rubén ante aquel plan.

—Ah, entonces cuéntame para qué estás...

—Es decir, estoy muy jodido ¿Para qué sería?

—Verás, voy a un congreso de medicina a Nueva Delhi y me gustaría que me acompañaras; tengo la posibilidad de llevar a un invitado y he pensado en ti. ¿Qué me dices, amigo?

—Pues Carlos, si te soy sincero me pillas muy liado, la verdad —respondió dudoso Rubén mientras analizaba su rostro magullado sentado frente al espejo.

—Déjate de historias, sé que vives del finiquito que te pagó la revista y del desempleo.

—Vaya, veo que estás muy puesto en mi vida, y en cuanto economía se refiere...

—Te mando los billetes por correo electrónico y nos vemos el domingo en Madrid. ¿Qué te parece?

—Estás loco, cabrón. Es demasiado precipitado... Verás Doc, es viernes, no sé... —expuso Rubén con voz templada.

—Pon todo en orden. Tienes toda la tarde de hoy y el día de mañana. Por cierto, ¿tendrás el pasaporte en vigor, no?

—Mmmm, tendría que buscarlo, ahora mismo no sé ni dónde tengo la cabeza.

—Ejem, ejem, sabes que me debes una, tienes que venir —insistió.

—En eso tienes razón, te la debo.

—Óyeme bien, los billetes te los envía hoy mismo mi secretaria a tu correo, solo tendrás que imprimirlos. Venga joder, deja que saque al *Lobo de la cueva*.

Rubén no sabía muy bien ni en qué día vivía.

—Uff, vaya día has cogido para llamarme, está bien —dijo pensativo mientras intentaba aclarar sus ideas.

—¿Vienes?

—Doc, no lo sé...

—Perfecto, no digas más, te veo el domingo, ¿sabes? Le he dicho a Marta que venías conmigo y si no es así, te hará responsable de que vaya solo y me pierda por aquellos lares. Lo creas o no, sigue tan miedica como siempre.

Rubén sonrió y tras una parada, concluyó:

—Creo que Marta estaría más tranquila si yo me quedara en casa... ¿Estás seguro de que quieres que vaya?

El periodista sabía mejor que nadie que la joven mujer del doctor no comulgaba con la vida de la que el malagueño había hecho eco. Sus excesos nocturnos y las barras de bar le habían creado una oscura fama digna de mención en gran parte de los negocios de la capital de España.

—Pues claro que sí, no hay problema, ella está encantada.

Al final, tras un leve pestañeo, Rubén no se terminaba de creer una vez más la llamada y el posterior ofrecimiento, mostrándose dubitativo.

—Mmmm, está bien..., no sé si esto es una broma pero intentaré estar allí el domingo. Aunque mi instinto me dice que en el fondo... necesitas de mí para perderte, ¿me equivoco cabronazo? —bromeó.

—Tal vez quiera reencontrarme..., todo es posible, Lobo. Te mando los billetes, es posible que mi secretaria te llame hoy para que le des tus datos personales ¿Ok?

—Lo intentaré, pero no te prometo nada.

—El domingo a las 8:00 de la mañana nos vemos en Barajas en la T4.

—¿Oye, cuánto tiempo estaríamos allí?

—Sé que llevarás ropa al menos para una semana, gañán —dijo Carlos carcajeando—. Estaremos solo cuatro días, te sobrará ropa...

—Ok, tres noches perfecto, bueno Doc, ¡hasta entonces, amigo!

—Te espero, ¿ok? No me falles Rubén, un abrazo.

—No te preocupes, lo intentaré.

El doctor Carlos Mancera se encontraba en su laboratorio, ubicado en la calle Príncipe de Anglona, en el barrio madrileño de la Latina. Un edificio de tres plantas, de fachada blanquecina, en el que se podía leer

sobre un gran rótulo blanco, acabado con letras azules imperiales, (Laboratorios Farmacéuticos) NATUREMED.

La infraestructura había sido comprada por la gran empresa farmacéutica india hace unos años. Esta había puesto a la disposición de Carlos y su equipo una grandísima inversión. Desde los balcones del edificio uno podía disfrutar de la maravillosa vista de la torre mudéjar del siglo XIV de la iglesia de San Pedro el Viejo.

El mismo Carlos la admiraba en ese momento, su estilo gótico y barroco le encantaba, y no era inusual verlo allí acodado cuando encontraba tiempo para reflexionar durante los breves descansos.

Pero Carlos no estaba solo, tenía compañía y ese hombre reflexionaba tras la llamada. Al acabar la conversación con Rubén, volvió al interior de su despacho y allí, sentado frente a él, estaba su misterioso invitado.

—Está hecho, me llevó al Lobo a Delhi.

—Espero que esto sirva para algo —dijo el hombre, que orondo y plácido oyó con atención la conversación.

—Servirá —dijo sugestionado Carlos.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer?

—¿Seguro? Pues claro, convencido es la palabra que buscas.

—¿Te vas a arriesgar, de verdad, a perderlo todo?

—Es mi momento, mi bola de partido.

—Estás loco. Eres un experto oncólogo, con una trayectoria dilatada y consumada, te han otorgado durante tu carrera más premios y menciones de prestigio de las que puedo acordarme, vas a romper la cadena..., y sabes muy bien lo que puede ocurrir cuando salta un eslabón...

—Tú mejor que nadie sabes que soy un hombre humilde, de los que rara vez vacilan de sus logros, ya sea en público o en privado, no soy lo que soy por...

—No, Carlos, no fastidies —interrumpió el caballero y prosiguió—. Sé que eres respetado en la comunidad médico-científica, pero esto son palabras mayores, este es un mundo de oscuras envidias.

—Tendrás lo tuyo, pase lo que pase...

—Carlos, no sé cómo agradecértelo, no sé si saldremos en *The Lancet* después de esto.

—No me vengas con esas. Os he ayudado siempre que he podido, pero cada cual busca su suerte. Respecto a lo mío ya está hecho, así que hablaremos de esto más tranquilos. Te dejo, tengo que bajar al búnker —ambos se fundieron en un abrazo—. Estamos en contacto.

—Eso espero. Nos vemos en Delhi.

El búnker era un laboratorio situado en el sótano del edificio, dos plantas por debajo en el complejo médico que a su vez disponía de tres pisos superiores. De unos 200 m², en él se encontraban los mejores avances y equipamientos técnicos en estudios fármaco-biotecnológicos en oncología.

Había días en los que el doctor multiplicaba horas y horas de trabajo junto a su equipo en la fría y húmeda planta, llegando incluso a veces a pernoctar en una habitación del laboratorio. Aunque este, desde hace unos meses, se había convertido sin duda en su hogar y también en el de su familia.

Todo esto se debía a una razón, al parecer la tragedia se había posado en su familia, en concreto en su única hija, la pequeña Fabia, de seis años de edad, que había sido diagnosticada con cáncer de hueso (osteosarcoma). Este cáncer es uno de los más aislados, pero se suele dar con frecuencia durante la infancia, además es uno de los pocos que de hecho comienza en los huesos.

Con el tiempo, la enfermedad se extendió sin pudor a otras zonas del cuerpo, aunque Carlos celoso de su intimidad no se lo había comunicado ni a sus seres más allegados.

En el caso de su pequeña, tras realizarle varios estudios, observó que la enfermedad podría extenderse a una velocidad alarmante. En los años transcurridos tras su diagnóstico, lejos de mejorar con los tratamientos que tantas veces había prescrito su padre a sus pacientes, el maldito cáncer avanzaba sin que durante la mayoría de tiempo hubiese mejoría.

Pero casi sin darse cuenta, un gramo de ilusión había renacido en Carlos. Su esperanza era un anticuerpo monoclonal llamado PH220-SD; este fue confeccionado por él mismo con la estimable ayuda de su

equipo. Aquel era un fármaco con una potente dosis de un alga hermana mayor del alga *Chlorella*, que fue encontrada en las profundidades del océano Glacial Ártico, en concreto en el mar de Chukotka.

El compuesto líder fue sustraído del alga, años atrás, en una expedición comandada por Carlos que emprendió un viaje por las aguas de aquel gélido lugar. Esta empresa fue promovida por la compañía que tuvo el honor de obsequiarle como acompañantes en aquella aventura a un equipo de científicos de la Universidad de Stanford.

Esta alga descubierta tenía unas propiedades prodigiosas y contenía, entre otras sustancias, flavonoides, polifenoles, caratenoides y una sustancia a la que el doctor Mancera bautizó como «Fabifloriol», o como informalmente a él le gustaba decir: la «Flor de Fabia», un potente misil directo y destructor contra las células cancerígenas.

Después de ver los sorprendentes resultados que ofrecía, el fármaco en los estudios realizados en cobayas y ratones, el EMA (Agencia Europea de Medicamentos) no dudó en dar su consentimiento para que los ensayos clínicos que se llevan a cabo en seres humanos comenzarán durante el transcurso del año 2009.

El fármaco fue utilizado en la fase preclínica como tratamiento experimental en cuatro organismos y tejidos con enfermedad metastásica. Los resultados eran prometedores, superando todos ellos la primera fase con mejoría y sin aparentes complicaciones.

Un año después, en la fase clínica, después de la aprobación de la IND (Investigational New Drug) tras la selección de los sujetos, unos veinte individuos fueron sometidos a estudio en la fase I para demostrar la seguridad del compuesto y su posterior administración.

En la fase II, con la administración del fármaco a más de 100 pacientes, tras revisar los estudios terapéuticos de exploración las células cancerígenas de los pacientes estaban remitiendo de forma asombrosa.

Tras superar la primera fase, estando sumergidos en la segunda fase, fue entonces durante ese periodo cuando el destino asestó un duro golpe al doctor madrileño. Su hija contrajo la enfermedad y su trabajo se vio multiplicado.

La tercera fase aún esperaba a años luz y las esperanzadoras mejoras en los pacientes, al parecer tras los controles ya eran más que evidentes. La realidad era que el fármaco en cada nueva tanda causaba mínimos efectos secundarios en algunos de los pacientes tratados, para los que la enfermedad había comenzado a remitir.

Las sensaciones de Carlos eran inmejorables, sus conclusiones lo llevaron a pensar que aquel extraordinario compuesto podría salir al mercado en un tiempo récord. Mucho menor a la media usual, que solía ser por lo general de unos 10 años más o menos. A esas alturas, la inversión india ya rozaba los 40 millones de euros.

Al iniciar el mes de noviembre del año 2010, la investigación quedó en un segundo plano, Carlos anunció a su equipo su decisión de incluir a su hija en la fase II.

Para el equipo de profesionales, esa elección era inmoral e inaceptable, ya que eran conocedores de que la ley prohibía tajantemente realizar este tipo de experimentos en menores.

Pero el afán de curar a su pequeña no frenó a Carlos, que seguro y animado ante las circunstancias tomó la decisión junto a su mujer, Marta, de incluirla finalmente en el proceso.

No fue fácil, pero juntos acataron de modo propio los riesgos y comenzaron a suministrar el tratamiento a Fabia, conocedores ambos del poco tiempo del que podría disponer su pequeña.

Esta no fue la única dura decisión a la que Carlos Mancera tuvo que hacer frente, ya que días más tarde rescindió el contrato de su equipo, cesando uno por uno a cada uno de sus miembros.

Sabía muy bien de las represalias que sus amigos y compañeros podrían tomar contra él al utilizar a su pequeña como cobaya, así que tomó la decisión de seguir adelante.

Desde entonces trabajaba en soledad, en el sótano del complejo médico, con la única ayuda de su mujer.

Ese mismo viernes, habían transcurrido siete meses exactos desde el comienzo del tratamiento.

Según Carlos, los cambios se fueron sucediendo de manera radical. La pequeña mejoró su estado de forma espectacular. Marta, su mujer,

estaba atravesando un periodo de depresión. No hablaba mucho del tema, de hecho, nadie de su alrededor se atrevía a preguntarle por el estado de su hija.

Pasados unos meses, las pruebas no podían ser más concluyentes, su pequeña estaba como nueva. Carlos por entonces observaba atónito el bello rostro de su pequeña. La niña tenía una vitalidad digna y semejante a la de una chica de seis años. Sus pecas y su cabello pelirrojo parecían florecer de su cuerpo, y desde lejos emitía una luz que nunca antes mostró, según comentaba Carlos. Marta, su madre, la observaba impasible y seria, mientras ella correteaba por los pasillos del complejo sanitario como si esa sensación de sopor y desasosiego tras lo acontecido no le hubiese abandonado.

Aquella mañana, algunos pacientes se encontraban pasando revisiones rutinarias en el laboratorio mostrando todos ellos unos resultados inmejorables.

El doctor parecía haber obrado el milagro consiguiendo rescatar algunas vidas que parecían ya condenadas a tocar a su fin.

Carlos bajaba hacia el patio interior por las escaleras del complejo, después de su conversación telefónica con Rubén y tras despedirse de aquel hombre, su rostro lucía desgastado y pálido como el blanco inmaculado de su bata, haciéndolo parecer un fantasma, quedaba claro que había envejecido en exceso, arrugas y más arrugas copaban su frente, su estado estaba muy deteriorado comparado con una imagen suya que lucía en una fotografía que presidía el acceso principal del complejo.

Situado en el patio, su mujer Marta recién llegada lo observó con mirada fría y al percatarse de su aspecto, no dudó en preguntarle.

—¿Has llamado a Rubén?

—Si...

—¿Y qué te ha dicho?

—Pues..., parece que acepta, cariño. El Lobo se viene conmigo; vamos, que estará encantado de acompañarme a Delhi —precisó.

Marta lo miraba a los ojos dudosa, pero finalmente pareció aprobar la maniobra de su marido con resignación.

—¿Estás realmente seguro de lo que vas a hacer?

—Claro que sí, es mi obligación. Además, ya he mandado los papeles y toda la documentación, todo está preparado... Presentaré el proyecto en la India. Una vez esté allí iremos cumpliendo lo pactado paso a paso, tal y como hemos marcado.

Marta negaba con la cabeza y su mirada se arañó frunciendo el ceño.

—No quiero discutir, de verdad, deja de mirarme así.

Los ojos de Carlos investigaban a Marta, sus ojeras no hacían más que delatar su desgaste. Así pues, Marta volvió a fruncir el ceño, quedando en silencio frente a él.

—¿Qué te ocurre, Marta?

—Deberías tener cuidado con lo que vas a hacer, sabes igual que yo que en este mundo la gente no es de fiar...

A Carlos se le torció el gesto y la interrumpió sin más reparos:

—Marta ya no hay vuelta atrás..., ¿entiendes?

Ella agachó la cabeza dándose al fin por vencida. Fabia, sin embargo, ajena al conflicto se acercó a su padre abrazándolo como quien da las gracias. Carlos sonreía, y tanto su cara como sus ojos parecían reencontrar algo más de color y vitalidad.

—¿Te apetecería ir de viaje este fin de semana con mamá?

—¡Sí! —gritó celebrando la buena noticia.

—Está bien cariño, yo tengo que preparar unas cosas de trabajo...

—Pero papi, tienes que venir pronto —su hija le replicó.

—Claro que sí, cariño —el doctor asintió—. Marta, ¿no crees que ya es hora de hacerle una visita a la abuela?

La pequeña inocente aplaudía la decisión de su padre. Carlos entonces prosiguió al ver el entusiasmo de su hija:

—Hacedle una visita a tu madre, ya es hora de que vea a la niña y de que tú y ella disfrutéis del aire fresco y de la familia.

—¿Estás seguro?

—Sí... —contestó—. Además, yo mañana tengo que dejarlo todo listo, ya sabes cómo es esto, os necesito.